

CRISTO REY

Terlengiz.

En aquel tiempo, preguntó Pilato a Jesús: “¿Eres tú el rey de los judíos?” Jesús le contestó; “¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?” Pilato replicó; ¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí; ¿Qué has hecho? Jesús le contestó; “MI reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí.”

Pilato le dijo; Con que, ¿tú eres rey? Jesús le contestó; Tú lo dices; Soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo ; para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz.

Jn 18,33b-37.

Termina el año litúrgico con la fiesta de Cristo Rey, este año la liturgia nos ofrece este texto del Evangelio de Juan, para reflexionar este día.

Sabemos bien, al menos en teoría, que el Reino al que se refiere Jesús, no pertenece a nuestras categorías mentales, esto es que cuando el dice Reino, no dice lo que decimos nosotros cuando pensamos en un reino.

Jesús no tenía la intención de instaurar una teocracia o una monarquía de derecho divino, esas paridas las inventamos nosotros, por mas que las presentemos como venidas de Dios, para convertirlas en verdades indiscutibles.

Si esto es así, entonces, cabe que nos preguntemos a qué se refería Jesús, cuando se presenta ante Pilato como Rey; “Para esto he nacido y venido”, no se puede ser más tajante.

Y creo se trata precisamente de esto, de ser tajantes, en esta cuestión, si Cristo es Rey, ha de tener un reino y unos súbditos.

El reino de Jesús se comienza a levantar en nuestro corazón, en nuestra vida, cuando ante su Presencia, me rindo, le acepto como mi Señor y mi Rey, luego alcanzará la plenitud, allá en ese futuro no sabemos si lejano o cercano, cuando Cristo lo sea todo en todos y llegue la plenitud de la Historia.

Pero comienza aquí, en nuestro puñado de polvo, aquí me quiero centrar, pues me parece que es una cuestión interesante.

En la Renovación Carismática, entre las muchas gracias recibidas, tenemos una especialmente importante; la Alabanza, la oración de Alabanza es el camino que nos conduce al reinado de Cristo en nuestro Corazón.

Alabar nos saca de nosotros mismos, nos descentra de nosotros mismos y nos centra en el Señor. Alabar nos vacía de nuestras miserias, y nos llega de la Gracia

del Espíritu del Señor. Alabar nos pone en la actitud del niño que tiende sus brazos abiertos a su padre para que le abrace y le pegue un achuchón.

La Alabanza es la oración del pobre, del pecador, del que sabe bien que nada tiene que ofrecer a su Señor, salvo a sí mismo, salvo su miseria.

Reconocer a Jesús como Rey, conlleva vivir en Alabanza, es algo que va íntimamente unido, claro que podemos convertir a Jesús, en un rey nominal, que reina y no gobierna, un mero adorno para nuestras puertas o salones.

Los hombres somos unos maestros en estas artes de banalizar hasta lo más sagrado, hasta convertirlo en nada.

Estamos hechos de barro de botijo, no nos engañemos, llevamos en el corazón la semilla del mal, eso que llamamos pecado original, esa tendencia que nos lastra y arrastra al abismo.

“Nacemos en el estado que tan perfectamente pinta san Agustín; amor propio llevado hasta el menosprecio de Dios, hasta el menosprecio de todo. Esta es nuestra tendencia. Nuestra voluntad nace en el mismo estado que nuestros ojos, que naturalmente ven el mundo, la bóveda de los cielos y el horizonte, es decir, el cielo y la tierra, bajo la forma de una grande esfera de la cual ellos son el centro. Lo propio exactamente sucede con nuestro espíritu; ve el mundo todo extendiéndose alrededor de nosotros, y place á nuestra voluntad verlo de esta suerte. Para cada uno de nosotros el yo es el centro del mundo. El mundo soy yo, hé aquí el misterioso pensamiento de toda alma. Y hasta los mismos que creen amar, muchas veces todo su amor no consiste en otra cosas que en un doble egoísmo que dice; el mundo somos nosotros, nosotros dos.” A Gratry

Este texto lo he tomado de un libro llamado filosofía del credo, supongo que la editorial ya no existirá, pues fue publicado a finales del siglo XIX, he querido respetar la literalidad del texto, por eso la acentuación y la construcción de las frases resulta un poco extraña.

Pero tiene su punto, han pasado los años pero los hombres no hemos cambiado demasiado, seguimos pensando que somos el ombligo del mundo, que todo gira o ha de girar en derredor nuestro.

Nos pasa en el ámbito familiar, y en el social, ojo que nadie se moleste, no estoy pensando en nadie en particular, pero seguro que todos en la Renovación conocemos gente, que le ocurre esto, gente que se aferra a los cargos, que presuntamente todo lo hace por el Señor, de boquilla, pero en el fondo de su corazón lo hacen porque quieren ser el niño del bautizo, la novia de la boda o el muerto en el funeral.

Disfrazan el amor propio con el traje del servicio a Dios y a los hermanos, pero la tela es de mala calidad y enseguida le salen los jirones, y entonces como un niño malcriado patalea y llora, intenta culpabilizar a los demás, los chantajea moralmente, todo eso sí, en el nombre de Dios, con el que tiene línea directa y le indica por dónde ir.

La alabanza, quiebra esta burbuja, esta grande esfera, y nos hace entender que no somos el centro de nada, que nuestro pequeño pedrusco gira en torno al sol y no al revés.

La alabanza, coloca a Cristo en el centro y hace que toda nuestra vida orbite en torno a El, dejándonos bañar por su luz y su calor.

Y siguiendo el símil planetario, al igual que la luz y calor del sol hacen crecer y desarrollarse la vida en la tierra, nosotros a la luz y el calor de Jesucristo, crecemos y nos desarrollamos.

Cristo tiene que reinar, en nuestro rebelde corazón, vaca montaraz que siempre intenta volver al monte, el pastor le lleva a los verdes prados, y ella intenta siempre volver a la montaña abrupta y llena de piedras.

Cristo tiene que reinar, en todo mi ser, en todo, hasta en lo más íntimo de mi ser.

No sé si recordaréis una vieja canción de la Renovación; Jesús es el Señor, Señor de mi día y de mi noche, Señor de mi salud y mi enfermedad, Señor de mis triunfos y fracasos, Señor de mis lágrimas y mis risas, Jesús es el Señor.

Sé bien de lo que hablo y sé muy bien que no nos resulta fácil, entrando por ejemplo, en el terreno estrictamente personal, yo nunca pido nada al Señor, he borrado de mi corazón la oración de petición, más que borrado he sustituido, suena mejor así, he sustituido la petición por la alabanza.

Que caigo enfermo, no pido por mi salud, no, le alabo por la hermana enfermedad, le doy las gracias porque en mi debilidad brillará mejor su fuerza, me abandono en sus manos, le dejo amasar mi barro a su antojo, y si el cacharro que sale no le gusta, pues nada que lo estrelle contra el suelo y con los pedazos haga otro.

No cierro mis puertas ante El, porque yo soy el vasallo y el es el Rey y aunque aquí sucede al revés que al mío Cid, esto es que no hay un buen vasallo, aunque no puede haber mejor Señor, bueno esto es lo que hay y quien da lo que tiene no está obligado a dar más.

Los años me han enseñado que el Señor cuida de mi, mucho mejor que yo mismo, por la sencilla razón de que me quiere mucho más, no le tengo que pedir nada pues El sabe bien lo que me conviene y lo que necesito, y no me cabe duda que si me pongo a pedir le pediré cualquier cosa, salvo lo que me conviene o necesite.

Vuelvo al ejemplo del niño, los niños no les piden a sus padres que les den medicinas cuando cogen el catarro, lo normal es que a la que le ven toser la primera vez, ya le están dando el jarabe, aunque el crío no lo quiera porque sabe a rayos, evidentemente el niño no sabe lo que le conviene, su madre si, y es lo que le da, aunque el pequeñajo patalee y proteste.

Teresa de Jesús, escribió versos inmortales, uno de ellos dice;

*Vuestra soy, para vos nací,
Que mandáis Señor de mí”*

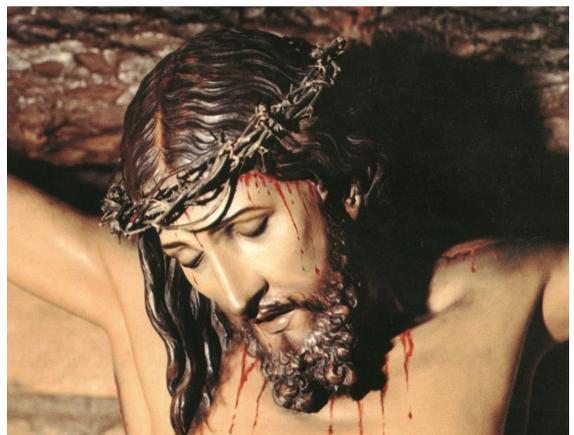
Teresa supo entender a la primera, que Cristo es el Rey y el centro de nuestra vida, bueno a la primera tal vez no, ella misma nos relata la larga noche oscura en que el Señor le mantuvo, muestra evidente de que las cosas no tienen que ir necesariamente bien para que en nuestro corazón brote la alabanza.

De hecho el trono de Cristo, es la Cruz, Cristo se manifiesta como Rey en la Cruz, y es la Cruz también donde nosotros debemos reconocer a Jesús como Rey, el año que viene, el evangelio que leeremos en la Eucaristía de este último Domingo del año litúrgico, será el de Lucas, donde se nos presentará a Jesús muriendo en la Cruz, increpado por los meapilas, si es el elegido, que se salve, como ha salvado a otros, incluso uno de los crucificados con El, le increpaba, si eres el Mesías sálvate a ti mismo y a nosotros...(Lc 23, 35-43).

Pero Jesús no se bajó de la Cruz, ni vinieron legiones de ángeles a sacarlo del apuro, su trono fue la cruz, su corona fue el espino trenzado.

A otros salvó, a otros devolvió a la vida, pero El murió en la Cruz...

**¿Quién hubiera creído este anuncio?
¿quién conocía el poder del Señor?**



**Crecía ante el Señor como un retoño,
Como raíz en tierra árida.
No había en él belleza ni esplendor,
Su aspecto no era atractivo.
Despreciado,
Rechazado por los hombres,
Abrumado de dolores
Y familiarizado con el sufrimiento;
Como alguien a quien no se quiere mirar,
Lo despreciamos y lo estimamos en *nada*,”
Is 53, 1-3.**

Y ante semejante trono, Lucas nos presenta las dos actitudes que normalmente adoptamos los hombres, la piadosa tradición a puesto nombre a los dos ladrones que acompañaron a Jesús en el suplicio, Lucas no lo menciona, uno Gestas, le increpa, le echa en cara que no lo salve, Dimas al contrario, se abandona en sus manos, reconoce que es justo lo que le pasa, que se lo ha ganado, reconoce que sin embargo Jesús es inocente, Dimas había leído y entendido a Isaías, había comprendido, que El, llevaba nuestro dolores, soportaba nuestros sufrimientos.

Y si no había leído a Isaías más mérito tiene el muchacho, si bien es verdad que semejantes palabras sólo pudo ponerlas el Espíritu Santo en sus labios.

Cristo tiene que Reinar, también en tu Cruz, ese es su trono, nuestros pecados son la corona que lacera su cabeza.

Reconocer a Cristo como Rey y Señor, también en la prueba, en el dolor, sólo se puede lograr si el Espíritu del Señor nos abre los ojos, si nos llena de tal modo que empapados en El, sea El, quien ore al Padre, y su oración es siempre un himno de acción de gracias, un canto de alabanza.

Y llegados a este punto, es cuando en nuestro corazón brota la alabanza como un torrente imparable que salta hasta la vida eterna.

Y es cuando dejas de pedir, te acurrucas en el regazo del Padre, dejas que te abrace, que te acune, que te acaricie como sólo el sabe hacerlo.

Y que a nadie se le ocurra pensar que esto son tonterías pseudo místicas, o ñoñerías, Yo sé bien, muy bien lo que duele alabar al Señor con el alma desgarrada, y tengo absoluta certeza de que Dios no es un ungüento mágico que vale para curar todos los golpes. El no se bajó de la Cruz y nosotros tampoco, no niego que el Señor pueda hacer un milagro, y sanar lo incurable, no puedo negarlo, conmigo lo ha hecho, pero yo nunca le pedí que me sanara, como no le pedí que saldría a mi encuentro.

La iniciativa es siempre Suya, El es el que sale a mi encuentro, el que con ansia me busca, el que siempre está esperando mi retorno, y a mí ante esta realidad, la única oración que me brota es la alabanza, sólo puedo caer postrado ante El y alabarle y bendecirle, musitando Señor y Dios mío, mi Rey.

Tiene chiste la cosa, servidor que es un republicano convencido, postrándose ante el Rey más grande del mundo, y defendiendo una monarquía absoluta, si mi abuelo levantara la cabeza...

Es lo que hay, y digo con plena consciencia, absoluta, aquí se trata de rendirse sin condiciones, ante semejante Rey no valen las medias tintas, se está con El o contra El, no existe la neutralidad, o le aceptas o le niegas, sabiendo con absoluta seguridad;

**“Si con el morimos, viviremos con él;
si con el sufrimos, reinaremos con él;
si lo negamos, también él nos negará;
si somos infieles, el permanece fiel,
porque no puede negarse a sí mismo.**

II Tim 2,11-13

El caso es que el Señor, es un Rey absoluto pero es un déspota sin escrúpulos, de hecho nos asocia al trono, en el momento que somos bautizados, somos ungidos, como sacerdotes, profetas y reyes.

Claro que salvo que hayamos sido bautizados de mayorcitos, ninguno de nosotros guarda recuerdo del día que derramaron el agua sobre nosotros, bueno es de vez en cuando recordarlo.

Recordar, la dignidad con la que el Señor nos ha revestido, pues El nos ha vestido con su propia belleza, nada tenemos que sea nuestro excepto el pecado, todo lo bueno que germina en nosotros, nos es dado por el Señor, él ha plantado el buen trigo en nuestro corazón, que la cizaña crezca y lo ahogue, depende en buena medida de nosotros.

Y la mejor guadaña selectiva es la alabanza, que corta de raíz la cizaña y deja el buen trigo, cuando te abres a la alabanza, el Señor encuentra las puertas abiertas y puede hacer su obra a sus anchas sin estorbos.

Alabar, es dejar a Dios ser Dios, dejar a Dios ser el Rey de toda nuestra existencia, de todo nuestro ser, de todo lo nuestro, de todos los nuestros...

Dejar que el alfarero modele el barro a su gusto, o por decirlo en palabras de Jesús, morir a uno mismo, morir y aferrarse a la Cruz, nadie, ni siquiera Dios, nos libra de sufrir la Cruz, la historia del hombre es la historia de sus cruces, no podemos apearnos de ellas.

La Cruz, es el precio de la Gracia, es precio de la Gratuidad, esta aparente paradoja, Dios es siempre desconcertante y si para alguien no lo es, entonces es que no le conoce.

Esta aparente paradoja, digo, es la clave que sostiene la bóveda de nuestra vida, y hasta que no penetremos en este misterio, estaremos a oscuras en la Fe, por más que nos engañemos pensando que lo sabemos casi todo.

Claro, como misterio que es, nunca lo entenderemos del todo, pero tenemos que darnos cuenta de que este es le eje sobre el que gira nuestra vida.

La Redención es obra de la Gracia, nos redimimos, porque el Amor de Dios, se desborda en nosotros, nos limpia, nos sana y nos libera, y el Amor de Dios se desborda en la Cruz, donde Jesús, el Cristo de Dios, entrega su vida por nosotros.

Y a partir de este punto, es desde dónde debemos comenzar nosotros, al pie de la Cruz, al pie del Trono de la Gracia, postrados en su presencia. El mejor modo de permanecer de pie ante los hombres, es estar de rodillas ante Dios.

Cristo tiene que reinar, y ésta es otra paradoja, para que yo sea feliz, plenamente feliz.

No alabamos a Dios, para que crezca su ego, no le bendecimos por que le haga falta, no necesita de nuestras bendiciones, y por mucho que le gritemos , santo, santo, no va a crecer más en santidad.

Precisamente es lo contrario, cuanto más bendigo a Dios, yo soy más bendecido, cuanto más le grito santo, yo soy santificado, el Señor nos devuelve la alabanza, multiplicada al infinito.

Cristo tiene que reinar, porque cuanto más crece El en mi vida, cuanto más disminuyo yo, soy más feliz.

Cristo tiene que reinar en mi vida de tal modo que yo desaparezca y El ocupe mi lugar, la unión con Cristo que dicen los místicos, no es otra cosa que nuestra disolución en El, fundimos con El, de tal manera que no exista distinción.



Cristo, cristal purísimo
que no se rompe nunca.
Cristo, creo en tu cruz
Que nutre nuestra arteria.
Bebo debajo de tu trono de espina,
duermo en un ala de tu cruz, siempre viva
y no hay por qué pedirte por los hombres
porque todos lo hombres están en tu memoria,
en tu luz desbordante que los ama sin méritos.
Sé que te desvives hasta morir de nuevo cada instante,
Por los que son ingratos con los otros.
Gloria Fuertes.